

Historias marginales

Hace algunos años visité el campo de concentración de Bergen Belsen, en Alemania. En medio del silencio atroz recorrí las fosas comunes en las que yacen miles de víctimas del horror preguntándome en cuál de ellas estarían los restos de cierta niña que nos legó el más conmovedor testimonio acerca de la barbarie nazi, y la certeza de que la palabra escrita es el mayor e invulnerable de los refugios, porque sus piedras están unidas por la argamasa de la memoria. Caminé, busqué, pero no encontré ningún indicio que me llevara hasta la tumba de Ana Frank.

A la muerte física, los verdugos agregaron la segunda muerte del olvido y el anonimato. Un muerto es un escándalo, mil muertos son una estadística, afirmó Goebbels, y así lo repitieron y repiten los militares chilenos, argentinos, y sus cómplices disfrazados de demócratas. Así lo repitieron y lo repiten los Milosevich, Mladic, y sus cómplices disfrazados de negociadores de paz. Así nos lo escupen los masacradores de Argelia, tan cerca de Europa.

Bergen Belsen no es por cierto un lugar para pasear, porque el peso de la infamia oprime, y a la congoja del «¿y qué puedo hacer yo para que esto nunca vuelva a repetirse?», sobreviene el deseo de conocer y contar la historia de cada una de las víctimas, de aferrarse a la palabra como única conjura contra el olvido, de contar, nombrar los hechos gloriosos o insignificantes de nuestros padres, amores, hijos, vecinos, amigos, de hacer de la vida un método de resistencia contra el olvido, porque, como señaló el poeta Guimarães Rosa, narrar es resistir.

En un extremo del campo y muy cerca de donde se alzaban los infames hornos crematorios, en la superficie áspera de una piedra, alguien, ¿quién?, grabó, tal vez con la ayuda de un cuchillo o de un clavo, el más dramático de los reclamos: «Yo estuve aquí y nadie contará mi historia».

He visto la obra de muchos pintores y —perdón— hasta ahora desconozco el estremecimiento emocional que —ade-

más de *El Grito*, de Munch— puede causar una pintura. Me he enfrentado también a innumerables esculturas, y sólo en las de Agustín Ibarrola he encontrado la pasión y la ternura expresadas con un lenguaje que nunca alcanzarán las palabras. Supongo que he leído unos mil libros, pero jamás un texto me pareció tan duro, enigmático, bello y al mismo tiempo lacerante como aquel escrito sobre la superficie de una piedra.

«Yo estuve aquí y nadie contará mi historia», escribió, ¿cuándo?, ¿una mujer?, ¿un hombre?, ¿lo hizo pensando en su saga personal única e irrepetible, o acaso en nombre de todos aquellos que no salen en los noticieros, que no tienen biografías, sino un olvidadizo pasar por las calles de la vida?

Ignoro cuánto tiempo permanecí frente a esa piedra, pero a medida que la tarde caía vi otras manos repasando la inscripción para evitar que la cubriera el polvo del olvido: una rusa, Vlaska, que frente a la seca osamenta del Mar de Aral me contó de su lucha por impedir la locura que culminó con la muerte de un mar lleno de vida. Un alemán, Friederich Niemand —Federico Nadie—, al que declararon muerto en 1940, y que hasta 1966 gastó suelas de zapatos visitando ministerios y templos burocráticos para demostrar que estaba vivo. Un argentino, Lucas, que hastiado de discursos hipócritas se decidió a salvar los bosques de la Patagonia andina sin otra ayuda que la de sus manos. Un chileno, el profesor Vásquez, que en un exilio que jamás comprendió soñaba con sus viejas aulas de clases y despertaba con los dedos llenos de tiza. Un ecuatoriano, Vidal, que soportaba las palizas de los terratenientes encomendándose a Greta Garbo. Una uruguaya, Camila, que a los setenta años decidió que todos los muchachos perseguidos eran sus parientes. Un italiano, Giuseppe, que llegó a Chile por error, se casó por error, tuvo a sus mejores amigos por error, fue feliz a causa de otro error enorme y reivindicó el derecho a equivocarse. Un bengalí, Mister Simpah, que ama los barcos y los conduce al desguace repitiéndoles las bellezas de los mares que surcaron. Y mi amigo Fredy Taberna, que se enfrentó a sus asesinos cantando...

Todos ellos y muchos más estaban allí, repasando las palabras grabadas sobre una piedra, y yo supe que tenía que contar sus historias.